
NUESTRA SEÑORA DEL SANTO ROSARIO.

DISCURSO I.

Si consistant adversus me castra, non timebit cor meum: si exurgat adversum me praelium, in hoc ego sperabo.

Aunque se acampen ejércitos contra mí, no temblará mi corazón. Aunque me embistan en batalla, entónces mismo mantendré yo firme mi esperanza.

(PSALM. XXVI, 3.)

Solo el primer hombre, criado en rectitud y justicia, gozó de un imperio venturoso y de una paz envidiable. Ni tenía guerra consigo, ni la tenía con nadie: su voluntad rendida al Criador, la sensualidad sujeta á la razon, y todas las criaturas obedientes á su arbitrio y señorío; hé ahí el dichoso estado de la inocencia, el principado de la felicidad y el reino de la armonía y de la paz. Pero, en el mismo punto en que se rebela contra Dios, se rebelan contra él todos los séres criados. De parte del Criador pierde sus dones, la justicia, la inocencia, la gracia y la inmortalidad; con respecto á las criaturas se ve acometido de todas ellas como de un escuadron de fieras armadas para su destruccion y su muerte. Arrojado del Paraíso, de un clima salutífero y de un suelo deleitoso, entra en una tierra desierta, sin camino y sin agua, un país de pobreza, de desnudez y miseria; y del colmo de las delicias dá en el abismo de las calamidades. Metamorfosis dolorosa, pero justa; y el que quiso aspirar á una dominacion suprema, superior á su esfera, se halló en una dura esclavitud propia de su soberbia. Ya no ha habido remedio á esta fatal caída que envolvió á Adán con todos sus descendientes; pues, si bien el

Hijo de Dios humanado reconcilió al hombre con su eterno Padre, esta reconciliacion no se extendió á todo el resultado de la primera culpa: sanó la mente, mas no la carne; ordenó las fuerzas superiores, mas no ligó la sensualidad; y aún en la voluntad y en la razon quedó el alma herida con la ignoracia y las tinieblas, con la malicia y el pecado. La llaga dejó cicatrices que nos hacen llorar amargamente. De la concupiscencia, como de raiz fecunda, pero infecta y venenosa, brotan ejércitos de pasiones que le combaten, enemigos armados en su perdicion y ruina. Una soberbia oculta, que vanamente le hincha; una maligna envidia, que cruelmente le despedaza; una insaciable avaricia, que ciega le arrastra; una ambicion desmedida, que fatalmente le precipita; una horrorosa lujuria, que torpemente le embrutece; una desidia, que le consume; una modorra, que le aletarga; una molicie, que le deshonorra; una tenacidad de juicio, que le endurece; y, en fin, una perenne rebeldía y un total trastorno en las fuerzas de su cuerpo y de su alma, que no le permiten un momento de paz ni de sosiego. Además de la guerra intestina que sostiene por la parte de adentro, le asaltan por de fuera un tropel de enemigos violentos de que no puede desprenderse: la sed le aqueja; el hambre le atormenta; el calor le disipa; el frio le entorpece; el trabajo le fatiga; la fiebre le rinde; el dolor le affige; la peste le devora; las fieras le estremecen; el cielo le amenaza; la tierra le sacude; el acero le hiere; la enfermedad le postra, y la muerte le acaba.

¡Triste situacion la del hombre! ¡Lucha terrible! Él solo, los enemigos muchos; él flaco, los enemigos fuertes; la resistencia débil, los ataques violentos. ¿Qué consuelo le podré yo dar al hombre en medio de tantos males y al frente de tan fieros adversarios? En la tierra está cerrada la esperanza; es menester acudir al socorro del Cielo. ¡Virgen purísima! Vos sola pudisteis discurrir un medio poderoso para triunfar de nuestros enemigos y alentar nuestra esperanza: vuestro santísimo Rosario es la ciudadela inexpugnable para vuestros devotos. Consolaos, oyentes míos, que voy á dilatar vuestro corazón con las noticias más lisonjeras cifradas en la devocion del santo Rosario. Dos géneros de enemigos nos cercan y nos combaten, unos del cuerpo, otros del alma: en el Rosario de María hallareis eficacia y poder para vencerlos á todos. Los vicios y los pecados son males de culpa, se han de rebatir y rechazar con denuedo y valentía, y para esto tiene el Rosario eficaz y poderosa virtud: *Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum*. Las penas, trabajos y miserias de esta vida se han de sostener y sufrir con resignacion cristiana; y para

esto presta el Rosario un gran fondo de conformidad y paciencia. *Si exurgat adversum me praelium in hoc ego sperabo.* Ved ahí en dos palabras trazada toda la idea sobre que versará mi oracion en este rato; pidamos los auxilios de la gracia: *A. M.*

Fundó Nuestro Señor Jesucristo su Iglesia como una ciudad de refugio, en cuyo recinto y dentro de cuyos muros se habían de salvar las reliquias del género humano como en los días de Noé. El demonio, envidioso de esta grande obra, asestó desde luego contra ella los tiros de su poder y malicia, ó para arruinar la fábrica, ó para desmoronarla, suscitando genios turbulentos, pasiones irritadas, furias infernales, con el fin de atacar y abolir el cristianismo, y establecer el trono de la impiedad y el reino del pecado. El Señor, que no dormita ni duerme en la custodia de Israel, opuso grandes reparos á las quiebras de este edificio. Sus apóstoles y primeros discípulos, revestidos de valor y fortaleza, no solo hicieron frente á las huestes enemigas, si que extendieron las conquistas de la fé y de la religion hasta las extremidades del globo. Movieron despues los emperadores paganos crueles persecuciones, esgrimiendo el hierro y el acero, sin perdonar sexos, clases ni condiciones, para subyugar el mundo á la idolatría universal, destrozár el estandarte de la cruz y borrar hasta el nombre del Nazareno; pero el plan se ahogó en su misma formacion, y la sangre de los mártires con que fué regada la tierra, multiplicó prodigiosamente los fieles en el seno de la cristiandad como los Israelitas en Egipto; y los mismos jefes de la impiedad hubieron de doblar la cabeza y darse por vencidos á una fuerza superior irresistible. Gozó algun tiempo la Iglesia los frutos de la paz bajo los príncipes cristianos; mas luego experimentó nuevos vaivenes y convulsiones de los enemigos de dentro, crueles viboreznos que rasgaron las entrañas de la Madre; y estos hijos discolos, desnaturalizados y expúreos tocaron la trompeta de la rebelion, y quisieron avocar al tribunal de una razon dementada los artículos y dogmas que nos reveló el Padre celestial. Contra esta gavilla de apóstatas, herejes y cismáticos salieron al campo de batalla ilustres campeones, doctores profundos, talentos sublimes, plumas elevadas y finas, que quitaron la máscara á la impostura, separaron la cizaña del grano escogido, é hicieron patentes las luces y firmeza de la verdad.

Tal fué la providencia amorosa de Dios con su amada y combatida Esposa en todos los tiempos y diferentes épocas de la gracia, oponiendo pastores vigilantes á lobos carníceros y muros de bronce á

terribles baterías, hasta que á fines del siglo XII y principios del XIII, desatando el Infierno todas sus furias, se dejó ver sobre la tierra una maldita casta de herejes, empeñados en arrancar de cuajo y aniquilar, si posible fuera, hasta los fundamentos de la Ciudad santa. ¡Oh Dios! ¡qué mónstruos! ¡qué fieras! No había error que no enseñasen, ni delirio que no sostuviesen, ni dogma que no contrastasen, ni sacramento que no profanasen, ni herejía que no reprodujesen. En el desgraciado Albi anidaron estos basiliscos, y este fué el origen de los pérfidos Albigenses. Con capa de santidad engañaban al mundo: reproducían las locuras de los maniqueos, de los pelagianos, de los valdenses, de Juan Huss y de Berengario; destruían la jerarquía eclesiástica; privaban á los sacerdotes de la potestad de las llaves; arrastraban las imágenes de los santos; á María santísima le quitaban el honor, la santidad y la pureza, y le juraron un odio mortal y diabólico. Un fuego que prende en una espesa selva impelido de un furioso viento, no propaga su llama con tanta rapidez como este ulcerado cáncer cundió en los miembros católicos y los inficionó del tósigo y del veneno. En poco tiempo se formó un partido formidable, que arrastraba trás sí las almas débiles, los espíritus noveleros, los corazones viciados y corrompidos: no había templos que no arruinasen, altares que no demoliesen, aras que no conculcasen, vírgenes que no violasen, ni cosa buena que no destruyesen. ¡Iglesia santa, qué mal te pagan tus hijos! Tú los criaste y exaltaste; pero ellos te despreciaron. Raquel llorosa, ¿quién enjugará las lágrimas de tus ojos? Nave azotada de furiosas ondas, ¿quién dirigirá tu rumbo?

Pero ¿qué es lo que digo? ¿Qué quejas, qué sentimientos son estos? ¿Acaso el Señor ha abandonado su pueblo ó se ha abreviado el poder de su diestra? Nada ménos. ¿No veis allá, cristianos, en una lóbrega cueva de Tolosa un hombre triste, afligido y penetrado de pena, pálido por sus vigiliás, extenuado por sus ayunos, ensangrentado por sus disciplinas, la frente oscurecida, los ojos llorosos, el rostro amortecido, el corazón herido, el espíritu atribulado, postrado en tierra, pegada la boca con el polvo, traspasado de dolor y de amargura, y hecho espectáculo de compasión á los ángeles y á los hombres? Pues ese varon penitente es Domingo de Guzmán. Anonadado en sí mismo, pero lleno de confianza, clama á la Madre de la misericordia para que interponga su mediacion poderosa con su divino Hijo, y vea que medio habrá de reparar tantos males como oprimen á la Iglesia de Jesucristo. Consuélate, santo mio, tus oraciones son oidas; María ha tomado por su cuenta el remedio del mundo. ¡Qué prodigio, oyentes

mios! La Madre del amor hermoso se aparece á Domingo llena de majestad y de gloria, y le entrega el santísimo Rosario. Vé Domingo, le dice, no temas, predícalo; este será el escudo, el baluarte, la espada irresistible: es obra mia, no es invento de los hombres, y él será bastante á conquistar el mundo todo.

Alentado el patriarca de los predicadores con las promesas de la purísima Virgen, entra de nuevo á pelear las batallas del Señor; pero ¡con qué felicidad! ¡con qué sucesos! ¡Qué mutacion en los herejes! ¡qué reforma en los pecadores! El teatro más artificioso no nos presenta transformaciones tan raras, ni tan arrebatadoras. Los sectarios doblan la cabeza, cruzan las manos, se dán á partido, queman sus libros, abjuran sus errores, se visten de saco y de cilicio, lloran sus culpas, y publican el triunfo de la fé y las glorias de Jesucristo y su santísima Madre, de la cual eran mortales enemigos. Los pecadores se ablandan, se compungen, se deshacen en gemidos y lágrimas; y Domingo, con el Rosario en la mano, postra los colosos de la impiedad, y coge de sus discursos aquel fruto centésimo que tanto deseaba su espíritu. Sus palabras encendidas con el fuego del Rosario, son palabras eficaces y vivas, que convierten las almas. ¡Oh lengua, oh pecho, oh espíritu de Domingo! pero ¡oh dignidad, oh excelencia, oh eficacia del santísimo Rosario! ¡á cuántos de carnales y sucios no transformó en espirituales y limpios, de lujuriosos en honestos, de soberbios en humildes, de avaros en limosneros, de mundanos en religiosos, de iracundos en mansos, de escandalosos en ejemplares, de incrédulos en devotos, de esclavos del demonio en siervos de Jesucristo, de tizones del Infierno en moradores de la gloria! Yo tiendo la vista por todas las naciones de la tierra, y todas me ofrecen espectáculos de admiracion y espiritual regocijo desde el momento que les amaneció esta brillante estrella, esta antorcha luminosa del Rosario de María.

¡Qué confusion para vosotros hermanos míos! Ahora tambien se predica la devocion y grandezas del Rosario; pero casi puedo decir que predicamos en balde: echamos el grano de la palabra; pero ó el hombre enemigo entresiembrá eizaña, ó cae en la dura piedra y no arraiga por falta de humor y disposicion. Se afea el vicio, se arguye la irreligion, se reprende la incredulidad, se declama contra la depravacion; pero, ó los oídos se cierran al desengaño, ó nuestra voz es tan débil, que no penetra. A las más vivas instancias y reconvençiones se nos responde lo que á Isaías: espera un poco, aguarda otro poco; mañana nos veremos; ahora no es tiempo de luto, ni es razon

acibarar la alegría de los gustos con las hieles de la cruz y penitencia. De tí, pues, te viene tu perdicion, ingrato y desconocido Israel. Por nuestra fortuna son muchos los alistados en las banderas del Rosario; pero por nuestra desgracia son muy cortas las ventajas en la guerra contra el pecado. Se reza el Rosario; pero ¿cómo? en los lábios una confusa algarabía; en el corazon una disipacion monstruosa. Se reza el Rosario; pero de tropel y de corrida, sincopando y comiéndose las sílabas, truncando las palabras, con prisas y abreviaturas; esto, más es dar que reir al demonio, que obligar á la Reina de los Cielos. Se reza el Rosario; pero sin detenerse un momento en contemplar los grandes misterios que se nos proponen, ni recoger la mente á pensar en el amor de Dios para con los hombres, ni en las heroicas virtudes de María santísima, sobre cuyo modelo se ha de formar nuestra conducta. ¿Qué hay que extrañar que no se coja fruto, si no hay sazón en la tierra? Récese el Rosario debidamente, con devocion, con fervor, con deseo de aprovechar; que yo aseguro que sea un firmísimo baluarte contra los enemigos del alma y un áncora de segura esperanza contra las penalidades del cuerpo.

Nuestra vida, de cualquier modo que se considere, es un tejido de tribulaciones, sin que ni el esplendor del nacimiento, ni la preeminencia del puesto, ni el placer de la opulencia, ni la sutileza del amor propio puedan librarnos de ellas. No hay hombre sobre la haz de la tierra cuya prosperidad no se turbe con la inquietud, cuyos placeres no estén mezclados con amarguras, cuyos días más serenos no se oscurezcan con sombras y nubes, y cuyas más hermosas apariencias no se vean muchas veces ofuscadas con las mayores miserias. Las aflicciones, disgustos, azares y sentimientos, tienen un derecho incontrastable sobre el linaje humano, y una especie de dominio absoluto sobre los cetros y sobre los cayados, sobre el sacerdocio y sobre la plebe. No pudiendo el hombre evadirse de este cerrado escuadron de enemigos que le acometen, ni sacudir esta pesada carga que le agobia, no le queda otro recurso sinó sufrirla y sostenerla de un modo fructuoso y meritorio, haciendo virtud de la misma necesidad, y escalones para el Cielo de las duras piedras que abruman sus espaldas. Hé ahí el rico tesoro de la paciencia cristiana, que está encerrado en la preciosa mina de la devocion del santísimo Rosario, dada al mundo por la Madre del Verbo, no solo contra el veneno de la culpa, sí tambien contra las espinas y amarguras de las penas de esta vida.

Id siguiendo mi razonamiento y quedareis convencidos. ¿Con qué

motivo podrá el hombre exaltar su corazón, ni fomentar los humos de su soberbia, juzgándose merecedor de los regalos de Dios, ni de las honras y los aplausos del mundo, cuando considere á una Virgen la más santa, la más noble y más perfecta, confesarse esclava vilísima del Señor, y reputarse indigna de todo favor del Cielo? Cuando considere á la Reina de los ángeles, no tener en su parto virginal otro lecho que un establo, otro reclinitorio que un pesebre y unas pajas; ¿qué quejas podrá dar contra la Providencia, que no estén preocupadas con el ejemplo inaudito de la criatura más digna y ménos atendida? Cuando considere á esa luna sin mancha, sujetarse á la humillante ceremonia de la Purificación, sin comprenderla, solo por edificacion y obediencia; ¿cómo alegrará pretextos para sacudir el yugo de la ley, para gozar privilegios y excepciones que no le competen, y afectar singularidades entre sus hermanos? Cuando considere á esta divina Madre que pierde al Hijo sin culpa, que le busca con indecibles ánsias atravesada del más agudo dolor; ¿cómo no se ha de confundir en su frialdad y tibieza, cuando es todo nieve en la pérdida de su Señor y de su Dios, de quien pende su vida y su salud, y todo fuego, al mismo tiempo, si acaso perdió la gracia de un hombrillo dos dedos más elevado que podía favorecerle? Cuando considere á esta Madre incomparable presenciar la tragedia más dolorosa de los siglos, ver hollado el fruto bendito de su vientre, insultado y maldecido, azotado, coronado de espinas, clavado en un patíbulo, sin despegar sus labios contra los verdugos que se ceban en su carne; ¿cómo ha de ser tan sensible y delicado, que no admita consuelo en la muerte del hijo, del hermano, de la madre, de la esposa ó en cualquier otro golpe adverso de la fortuna?

En todos los misterios de la vida, pasión y muerte del Salvador, hallará excelentes enseñanzas de paciencia y conformidad con la voluntad divina. A un tullido ó paralítico, que no puede moverse sino por ajenos brazos, que se ve oprimido de mil angustias y dolores, los días tristes, las noches largas, las molestias continuas, las subsistencias cortas, y cerradas las puertas á todo humano consuelo, le diré yo que tome el Rosario en sus manos, en su boca y en su pecho; y al contemplar al Hijo de Dios sudando sangre, bebiendo el cáliz de la pasión más amarga, cercado de angustias y congojas por todas partes, verá alentarse su espíritu y derramarse un río de paz y consolación sobre su alma. A un infeliz perseguido, á quien sus más íntimos amigos han vuelto las espaldas, el uno le maltrata, el otro le insulta, el uno le aborrece, el otro le maldice, y á todos se les hace molesto

y pesado cualquier oficio de piedad y compasión; le diré yo que coja el Rosario en sus manos, en su boca y en su pecho; y al contemplar al Hijo de Dios vendido por un amigo, desamparado de sus discípulos, aborrecido de su pueblo, insultado y blasfemado, verá tranquilizarse su corazón, y derramarse un río de paz y consolación sobre su alma. A un caballero deteriorado en su hacienda, que ayer estaba en la cumbre de su dicha, y hoy se halla abatido é infeliz, ayer le vendían mil lisonjas, y hoy le hacen mil desaires; le diré yo que tome el Rosario en sus manos, en su boca y en su pecho; y al contemplar al Hijo de Dios hecho juguete de las pasiones de los hombres, que ahora le llaman doctor y maestro, luego samaritano y poseso; ahora le quieren levantar por rey, luego intentan apedrearle; ahora le reciben en triunfo, y luego fallan su muerte; se desengañará de la farsa del mundo y verá derramarse un río de paz y consolación sobre su alma. Finalmente, al calumniado sin causa como José, al murmurado sin motivo como Moisés, al perseguido sin culpa como Elías, al condenado en su inocencia como Juan, al enfermo, al pobre, al cautivo, al olvidado en sus servicios y méritos, ¿qué otro consuelo le podré yo dar más eficaz que el santísimo Rosario, en que se halla el fondo de la doctrina y ejemplo de Jesús y de María, el apoyo de nuestra flaqueza, las flores que nacen de las espinas, y los frutos que producen los trabajos?

Yo no pretendo, hermanos míos, que seamos peñascos insensibles á los reveses y adversidades del mundo; solo pretendo, que los males de esta vida no dominen nuestro corazón de suerte, que nos rindamos al peso de su sentimiento, y falten el ánimo, la resignación, la esperanza y el mérito. Para lograr esta superioridad de espíritu, este valor y heroísmo, no hallo medio más seguro y expedito que el santísimo Rosario. El que pide á Dios de corazón la gloria y santificación de su nombre, la posesión de su reino, el cumplimiento de su voluntad santísima; el que alaba y bendice á la purísima Virgen, la solicita, la interesa y la empeña en su protección y amparo, no es posible quede frustrado en sus deseos, ni fallido en su esperanza; y cuando no consiga verse libre de los trabajos que le prueban y ejercitan, ha de conseguir un esfuerzo superior en tolerarlos, que es otro favor más estimable. He dicho si no consigue total alivio en los trabajos; pues si es verdad infalible, que al que busca el reino de Dios y su justicia, todos los otros bienes se le dán de añadidura; también es cierto, que á los devotos del Rosario que nada más desean que las glorias de Jesús y de su Madre, se les han dispensado tantas merce-

des, favores y beneficios, que parece estar vinculado á esta devocion bendita el goce de todas las gracias y la fuente de todas las riquezas. Hablen por mí infinitas doncellas menesterosas, viudas y huérfanos necesitados, socorridos liberalmente por la devocion del Rosario; esclavos gimiendo en duras cadenas, rotos los grillos y puestos en libertad; marineros, luchando con la furia del agua y de los vientos, conducidos á puerto de salvamento; enfermos desahuciados, restituidos á perfecta sanidad; dolores ahuyentados, incendios extinguidos, tempestades disipadas, provincias afligidas de la peste, ciudades conmovidas de espantosos terremotos, países amenazados de la esterilidad y del hambre, ó por la sequía y falta de agua, ó por el destrozo de la piedra, ó por la tala de los insectos nocivos, remediados todos por el santísimo Rosario. Hable el mundo entero, y publique en alta voz las finezas de la Virgen del Rosario con sus devotos y apasionados, pues que la materia es tan inagotable como gustosa. ¿Y de qué manera pagaremos á esta gran Reina esas mercedes y otros innumerables beneficios? Con mucha facilidad, hermanos míos; solo nos pide la reforma de la vida, el ódio al pecado, la fuga de las ocasiones, el amor á la virtud, y que imitemos á Jesucristo su divino Hijo; un corazón recto, un espíritu limpio, unas manos inocentes, unas obras cristianas, palabras, deseos y pensamientos nuevos y celestiales: este es el sacrificio que acepta, la devocion que estima, y el único medio de merecer sus piedades.

¡Oh amabilísima Madre! de vuestra mano soberana nos ha de venir una gracia victoriosa, que consuma la escoria de nuestras bastardas inclinaciones y triunfe de nuestra dureza y rebeldía. Perdonad la frialdad y tibieza con que hemos rezado hasta ahora vuestro Rosario santísimo, y encendednos en vuestra devocion con aquel fuego de amor que inflama los más tibios corazones, para alabaros dignamente en esta vida, y gozar despues de vuestra vista y compañía por eternidades de gloria. *Amen.*

NUESTRA SEÑORA DEL SANTO ROSARIO.

DISCURSO II.

Tu honorificentia populi nostri, quia feciste viriliter.

Tú eres la honra de nuestra nacion, porque te has portado con varonil esfuerzo.

(JUDITH. XV, 10, 11.)

Ved ahí, amados oyentes, el elogio con que el pueblo de Dios celebró en otro tiempo la gloria de Judith, aquella famosa mujer, que triunfó del orgullo y altanería de Holofernes. ¡Holofernes! ¡qué nombre tan odioso á mis oídos! Azote duro, plaga cruel, furia inhumana desatada para afligir al pueblo del Señor. Ese soberbio capitán de los asirios, con aquella arrogancia y fiereza que le inspiraban sus armas, se empeñó en perder á los de Betulia, rendirlos á discrecion, ó pasarlos á cuchillo. Un sitio obstinado tenía á los pobres hebreos en el último apuro. Faltaban los víveres y comestibles; las aguas cortadas apuraban la paciencia y sufrimiento; la sed y el hambre eran dos enemigos crueles á que no era dado resistirse; y la ciudad consternada presentaba un espectáculo triste, digno de compasion y de lástima. Los niños morían á los pechos de las madres; los viejos, trémulos y desvalidos, caminaban al sepulcro como al remedio de sus miserias; las matronas, vestidas de luto, derramaban copiosas lágrimas; los mancebos esforzados caían de ánimo en vista de un enemigo irresistible; á los sacerdotes y magistrados les faltaba el consejo y la prudencia; los gemidos y los llantos eran el único desahogo de la afliccion; y toda la ciudad temía por instantes las iras y el acero del vencedor. Pero Judith, la incomparable Judith, movida por el espíritu de Dios, halla medio de salvar á su pueblo; se introduce en el